



REVISTA PSICOGENTE

ISSN 0124-0137

Universidad Simón Bolívar

J u n i o 2 0 0 6 •

Vol. 9 • No. 15 • 166-170

EL COMPORTAMIENTO AGRESIVO Y SUS DIFERENTES ENFOQUES

MIRIAM CASTILLO*

Etimológicamente, la palabra agresividad se deriva del latín *aggredior*, que significa “ir o cometer contra otro”. La agresividad implica provocación o ataque. Barkowitz (1996) la define como “faltar al respeto, ofender o provocar a los demás”, es decir, el comportamiento que se realiza sobre la víctima. En la actualidad, se la define desde la perspectiva del agresor y de la víctima y se la ubica en una temporalidad y en un contexto donde se dan las relaciones y las interacciones humanas.

Socialmente, el comportamiento agresivo ha sido inherente al ser humano desde los inicios de su existencia. En lo individual, suele manifestarse desde los primeros años de vida, pero su frecuencia se va reduciendo a través de los años. Sin embargo, hay personas que continúan siendo agresivas en edades adultas, encontrándose por eso comportamientos agresivos en los diferentes contextos sociales, como el de la familia o en ámbitos educativos y laborales.

Desde el modelo holístico del ser humano, se observa cómo la psicología posee en la actualidad un vastísimo campo de acción para la comprensión del desarrollo de las personas en sus diferentes dimensiones: biológica, afectiva, cognitiva, comunicacional, valorativa, actitudinal, social y espiritual (Carmona, 2005). Sobre la base de la dimensión o estructura biológica del ser humano, podemos observar las otras dimensiones representadas en conductas, como por ejemplo la agresión, en emociones, actitudes, percepciones, inteligencia, estilos de aprendizaje, motivaciones, estados de conciencia, cogniciones, etc., expresadas a través del lenguaje oral y gestual. Para la comprensión y profundización de cada fenómeno, hay teóricos de la psicología que se encargan de particularizar el conocimiento, sin poder llegar en ocasiones más allá de lo concreto, evidente, observable. Así, el investigador vivencia muchas veces el conocimiento con lo que sucede intrínsecamente, sin acceder a lo que ocurre extrínsecamente, en relación con el entorno.

* Psicóloga. Docente Universidad Simón Bolívar.



En particular, el fenómeno de la agresión estudiado solamente por la psicología no alcanza a resolver los distintos interrogantes que se puedan plantear al tratar de comprender el comportamiento de un individuo en un contexto determinado. Es por esto que esta ciencia se ve obligada a interactuar con otras disciplinas.

Es indudable, entonces, que, cuando se habla del comportamiento agresivo, se hace referencia a una multicausalidad, pues, tal comportamiento está influenciado por diferentes factores: social, cultural, genético y biológico, tanto a nivel familiar como individual, justificándose, así, el abordaje desde diversos enfoques teóricos (Castrillón, D., Ortiz, A. y Vieco, F., 2004). También Brain (1994, citado en Del Barrio et. al., 2003) concibe que la agresión no es una categoría homogénea, sino multifactorial. Veamos, entonces, algunos enfoques concebidos para entender la agresión.

Desde la perspectiva *biológica*, el genotipo de una persona y otros correlatos biológicos del género pueden influir en la propensión a la conducta agresiva, antisocial. Sin embargo, para Shaffer (2000), Albert Bandura y Seymour Feshbah, teóricos de la agresión, el grado en que un individuo tiende a ser agresivo y antisocial dependerá en gran medida del entorno social donde se haya criado. Existen dos conjuntos de influencias sociales que contribuyen a explicar por qué algunos niños y adolescentes son más agresivos que otros: (1) las normas y valores asumidos por la sociedad y sus subculturas, y (2) los contextos familiares en los que se han criado.

De acuerdo con la teoría del aprendizaje social propuesta por Bandura (1977), la con-

ducta agresiva se adquiere bajo condiciones de modelamiento y por experiencias directas, resultando de los efectos positivos y negativos que producen las acciones, mediados por las cogniciones sobre ellos. No obstante, es difícil interpretar las condiciones naturales de ocurrencia y de aprendizaje de la agresión, debido a la diversidad de modelos a los que los individuos se hayan expuestos, los cuales pueden ser: a) agresión modelada y reforzada por miembros de la familia; b) el medio cultural en que viven las personas y con quienes se tiene contactos repetidos y c) modelamiento simbólico que proveen los medios de comunicación, especialmente la televisión.

Para explicar la agresividad, se hace también referencia al modelo familiar de Gerard Patterson (citado en Disk-Nelson, R., e Israel, A., 1998), quien es la persona más representativa en la investigación sobre la agresión en los niños y adolescentes. Este autor considera que el entorno familiar puede ser la esfera principal en el aprendizaje del comportamiento agresivo, por ser el más cercano al niño y el que mayor influencia produce en él. “Cuando en la familia se intentan solucionar los problemas con agresividad y enfrentar la agresividad con agresividad”, los niños fácilmente relacionan la fuerza con la consecución del objetivo y ven que la fuerza funciona de una forma muy efectiva para convencer y controlar a otros (Buss, A., Perry, 1992).

Si observamos el término desde la psicología social, se encuentra que el ser humano tiene tanta fuerza y tendencia a la agresividad como propensión a la sociabilidad y afiliación (Ledesma, 1980). Shaffer (2000) advierte incluso sobre la existencia de actos agresivos

que se realizan como medio para obtener fines no agresivos, que el impacto de los indicios agresivos depende en mayor proporción de las interpretaciones que se hagan de los estímulos y hechos (factores cognitivos) que de la mera presencia de tales indicios.

Al referirse a la agresividad desde las *teorías cognitivas* es importante destacar dos términos claves: esquema y actitud. Desde esta perspectiva, Beck y Freeman (1995, en Castrillón, 2004) definen los “esquemas como unidades organizacionales”, poseedoras de contenidos construidos por el individuo y altamente personales, que contienen información acerca de sí mismo y acerca del mundo. Además, sirven de guía y de orientación, en la búsqueda de información relevante para cada quien y para determinar cuáles estímulos ambientales son recibidos y cuáles no. El contenido de los esquemas puede hacer referencia a relaciones personales (como las actitudes respecto a uno mismo o a los demás) o a categorías impersonales (como las referidas a objetos impersonales).

La teoría del *procesamiento de la información social* de Dodge (1986, Criag y Dodge 1994, citados en Shaffer, 2000) propone un estado mental para la persona que arremete, la cual tiene influencia de sus experiencias sociales pasadas (sobre todo las que se refieren a hacer daño), sus expectativas y conocimiento de las reglas sociales. Estos autores han formulado que este modelo trata de explicar cómo se llega a preferir soluciones agresivas para los problemas sociales, en vez de no agresivas. Shaffer plantea este enfoque refiriéndose a las diferentes estrategias de procesamiento de la información, tanto de agresores reactivos como agresores proactivos o no agresores. Sin embargo, esta teoría

posee vacíos en torno a la explicación de cómo las personas agresivas llegan a serlo.

Existe, además la *perspectiva interactiva*, según la cual los factores constitucionales ligados al sexo (la biología) interactúan con las influencias del entorno social a la hora de la agresión. Las diferencias constitucionales ligadas al sexo podrían tener efecto directo tanto en la conducta del hombre como de la mujer (Tieger, 1980, citado en Shaffer).

Teniendo en cuenta las influencias *culturales y subculturales* en la agresión, Shaffer (2000) también observa que las tendencias agresivas o antisociales de las personas dependen en gran parte del grado en que su cultura o subcultura fomente o acepte la cultura de este tipo.

Es importante tratar aquí sobre la concepción de Dawkins (1985) y, en particular, el término *memes* con el que nombra a los nuevos reproductores o replicadores, concibiendo que la transmisión cultural es análoga a la transmisión genética (por evolución) y que la especie humana demuestra a través de los *memes* la evolución cultural. Cuando hay propagación de *memes* al saltar de un cerebro a otro, se produce la imitación. De modo que, en el nuevo cerebro, al igual que en la evolución genética se producen cambios y estos pueden ser progresivos, ya que, a medida que transcurre el tiempo, puede cambiar nuestra visión del universo y se mejora. No obstante, para Shaffer, aunque haya existido evolución en la cultura, no todas las personas en sociedades que dicen llamarse pacifistas son amables, cooperativas o solícitas y también al revés: la mayoría de personas educadas en sociedades o subculturas

relativamente agresivas, no son especialmente propensas a la violencia.

En síntesis, cualquiera que sea el enfoque desde donde se estudie el comportamiento humano para su comprensión, el mundo de la psicología encierra un lenguaje específico para el punto de vista desde donde se le quiera observar. Para comprender el comportamiento humano, Freud nos permitió conocer el fenómeno de la agresión desde su concepción psicoanalista. Posteriormente, Skinner nos proporcionó otros elementos desde el enfoque ambientalista, que luego se enriquece con los descubrimientos a nivel cognitivo y del enfoque cognitivo social. Si nos acercamos a la psicología humanista, encontramos otra mirada, probablemente alejada de la perspectiva biológica, que le daría paso al enfoque de la psicología evolucionista. Todo esto sin descartar los enfoques socioantropológicos acerca del fenómeno de la agresión, los cuales complementan los conocimientos obtenidos a través de la psicología.

Sobra decir que, en la actualidad, la psicología es una disciplina autónoma, que se ocupa en especial de los hechos psíquicos, pero es claro que tales hechos, tomados de manera aislada, no lo explican todo en la conducta de la agresión. Fernández, G. (2002) dice que la autonomía no implica aislamiento, existe la necesidad de colaboración con otras disciplinas científicas, cosa que no es un rasgo exclusivo de la psicología, sino también de otras ciencias, como, por ejemplo: las neurociencias, la lingüística, la biología evolucionista, la genética, las ciencias sociales, etc. Hoy en día, por demás, la tendencia es observar los diferentes fenómenos a nivel transdisciplinario. Ante esta tendencia, la psicología se encuentra en una po-

sición epistemológica particular: es a la vez una ciencia natural y una ciencia social, los hechos que le son propios se encuentran en una región de intersección entre lo natural y lo social y se hallan constituidos simultáneamente por ambos determinantes.

A través de la historia, la complejidad del ser humano se va transformando a medida que avanzamos en el conocimiento y se siguen provocando interrogantes para explicar el porqué de su conducta. En nuestro caso, cuando la conducta de agresión es sometida al estudio psicológico, no debe reducirse a una sola escuela o ciencia, sino concebirse holísticamente, dado que el organismo por sí solo no es lo suficientemente autónomo para guiar su propia vida, pero tampoco el ambiente sin organismos lo sería. Esta interacción diaria y permanente da origen a la supervivencia, tanto biológica como emocional y social, de la cual debemos dar cuenta los psicólogos.

BIBLIOGRAFÍA

- Bandura, A. (1977). *Teoría del aprendizaje social*. Madrid: Espasa-Calpe.
- Berkowitz, L. (1996). *Agresión. Causas, consecuencias y control*. Bilbao: Desclée de Briuer.
- Buss, Perry, M. (1992). *The agresión questionnaire*. J Pers Soc Psychol.
- Carmona, F. (2005). *Las dimensiones del ser humano*. Documento sin editar.
- Castrellón, D. y Vieco, F. (2002, julio-diciembre). Actitudes justificativas del comportamiento agresivo y violento en estudiantes universitarios de la ciudad de Medellín,

- Colombia. Revista *Facultad Nacional de Salud Pública*. No. 20, pp. 51-66.
- Del Barrio, C. Martín E., Almeida, A. y Barrios, A. (2003). *Agresión y otros conceptos*. España.
- Dawkins, R. (1985). *El gen egoísta. Las bases biológicas de nuestra conducta*. Barcelona: Salvat Editores.
- Ledesma, A. (1990). *Curso monográfico sobre agresividad*. Madrid: Castalia.
- Lorenz, K. (1977). *Sobre la agresión: el pretendido mal*. México: Siglo XXI.
- Moreno, A. (2000). La adolescencia como tiempo de cambio. En: *Psicología Evolutiva*. Vol. 2. Madrid: UNED.
- Ortíz, P., Mindiola, C., Mejía, W. (2001). Estudio comparativo de las actitudes justificadas del comportamiento agresivo y violento en estudiantes de las universidades de Antioquia y Nacional (públicas) y la Cooperativa de Colombia (privada) de la ciudad de Medellín.
- Shaffer, D. (2000). *Desarrollo social y de la personalidad*. España: Tomson.
- Wicks-Nelson R, Israel A. (1998). *Psicopatología del niño y del adolescente*. Madrid: Prentice Hall.